

» con una imagen de los otros”, en palabras de Devers. Y esto es el principio. Si la literatura es el espejo de su tiempo, era cuestión de eso, de tiempo, que más allá de ensayos y estudios la digitalización se hiciera omnipresente en la ficción, porque lo está en nuestra vida.

Por eso el metaverso de *Los vínculos artificiales* cuenta con sus propias redes sociales, que serán las que finalmente sellarán el destino del protagonista, Julien, Julien Libérat para Facebook. Un fracasado en todos los sentidos, en su vida personal, profesional y social, pero que encontrará en el Antimundo, un metaverso tan exitoso que ha eliminado los demás, su razón para existir. Allí puedes crearte tu propia personalidad y customizarla, comprar, vender, hacerte rico, viajar, relacionarte con otros Antihumanos e incluso conocer la experiencia de matar a alguien, virtualmente, claro. Pero hay un precio para esta última: quien quiera matar puede ser víctima a su vez, y morir en el metaverso significa que nunca más podrás volver a entrar en el Antimundo y la real se impondrá como la única existencia posible. ¿Qué hacer cuando ese mundo virtual lo es todo?

Los metaversos ya existen en los videojuegos y mueven millones, con inversores comprando terrenos y *real estate* en el mundo virtual para ganar dinero en el mundo real. La revista *Forbes* publicó el pasado año un reportaje sobre los bienes raíces virtuales que no es ciencia ficción,

/ La inteligencia artificial como la gran controladora de metaversos y redes y, por tanto, de las personas

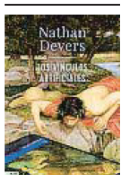
/ ‘QualityLand’ se ríe de los algoritmos con su religión de adoradores de la Thermomix y el presidente androide

y una de las razones que daba para comprar era la posibilidad de establecer allí un hogar y enseñárselo a los amigos, “un poco como tener una página web personal en los primeros días de internet, antes de que todos se pasaran a las redes sociales”. Si, el metaverso no sabemos si triunfará o no, quizás ya no nos haga falta porque ya podemos fantasear en Instagram.

La posibilidad de depositar nuestro yo en un contenedor resulta inquietantemente posible. En *De nuevo centauro*, de la escritora vasca Katixa Agirre, el cataclismo climático ha eliminado el turismo y los viajes, pero la población puede vivir las experiencias que quiera a través de sus avatares; enfundados en trajes de neopreno, el sexo virtual se hace táctil en las salas rojas del metaverso de Delphi, “la nueva fábrica de ilusiones que ha sustituido a Hollywood”. Paula trabaja como diseñadora en Delphi y su misión es crear mundos virtuales incluso para las escuelas; ahora está metida en una biografía de Mary Wollstonecraft, precursora del feminismo en el siglo XVIII y madre de Mary Shelley, pero sabe que “cada aplicación de realidad virtual y aumentada provoca recelos y hasta un gran rechazo”. ¿Paradójico, en una sociedad en la que el avatar constituye “un permiso para dejar atrás el cuerpo”? No tanto cuando se sospecha que tras los avatares con los que uno socializa (y otras cosas) no hay personas, sino software.

La inteligencia artificial como la gran controladora de internet y las redes y, por tanto, de las personas, sin necesidad de robots asesinos y demás pesadillas del siglo XX. En su distópica *Discotecas por fuera*, Víctor Balcells plantea la existencia de una anomalía denominada El Halo que afecta al comportamiento de los seres humanos y se extiende a través de las

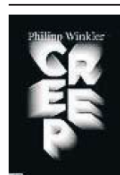
/ Para que exista un fan(ático) tiene que existir el objeto de su devoción, y ambos se retroalimentan en ‘Soy fan’



Nathan Devers
Los vínculos artificiales
ADN. Trad. Elia Maqueda. 264 páginas. 20,85 €



Jennifer Egan
La casa de caramelo
Salamandra. Trad. Eugenia Vázquez. 432 págs. 21,85 €
A la venta en septiembre



Philipp Winkler
Creep
ADN. Traducción de Carlos Fortea. 376 páginas. 20,85 €



Sheena Patel
Soy fan
Alpha Decay. Trad. Regina López Muñoz. 240 p., 19,90 €.
A la venta en septiembre



Marc-Uwe Kling
QualityLand 2.0
Tusquets/Periscopi. Trad. Carles Andreu/R. Farrés. 432/448 págs. 20,80/21,90 €



Katixa Agirre
De nuevo centauro / Denou centaure
Tránsito/La Segona Perifèria. 232 págs. 18,95 €
Trad. Aixa de la Cruz/P.J. Hernández

pantallas y los campos digitales. ¿Quién hay detrás de este virus, y quién ha fabricado el antídoto? Ahí interviene el protagonista, inventor de Monstruopodia.com y posicionador de webs, trabajo que ejerció en la vida real Balcells. “No es que los humanos afectados por El Halo pierdan aptitudes. Sencillamente las aptitudes cambian. Nadie se da cuenta de nada pero todo ha cambiado”.

Una inquietante premisa que se puede combatir con la sátira de *QualityLand*, de la que su autor, Marc-Uwe Kling, acaba de publicar la segunda parte, *QualityLand 2.0*, en la que uno de los personajes suelta un “antes de internet uno no tenía que perder el tiempo con tantas burradas” que suena a chiste boomer pero no lo es, porque el autor nació en 1982. El mundo está controlado por los algoritmos, que lo deciden todo, pero que un día se equivocan y envían a Peter Sinempleo un producto que no ha pedido, y los intentos de devolverlo nos llevan a un laberinto kafkiano poblado de seres tan (im)probables como la secta adoradora de la Thermomix y los Followers de John of Us, un androide elegido presidente de QualityLand y basado en una IA creada para una tostadora de pan.

Escogido como uno de los diez libros del 2022 por *The New York Times*, llega en septiembre *La casa de caramelo*, de Jennifer Egan, vinculado con su anterior novela, *El tiempo es un canalla*. En esta distopía, Bix, personaje que recuerda mucho a Mark Zuckerberg, es el propietario de Mandala, una empresa que ha triunfado gracias a su capacidad para predecir el éxito en las redes mediante los algoritmos que robó a una investigadora. Ahora ha ido un paso más allá y *Aprópiate del Inconsciente* es su nueva aplicación, en la que las personas pueden volcar sus recuerdos para compartirlos con todo aquel que quiera acceder, una forma de intentar alcanzar algo próximo a la inmortalidad. Mientras el programa se revela útil para reexaminar situaciones del pasado, lo que hace posible dete-

ner a pederastas y abusadores, muy pronto los usuarios descubrirán que el precio a pagar es la pérdida de la privacidad. Pero ¿no es lo que ya hacemos con las redes? Otra novela que llegará en septiembre avalada por el éxito de la crítica es *Soy fan*, el debut literario de Sheena Patel. La protagonista es una mujer de 30 años que vive en el sur de Londres y dedica cada día bastantes horas a escudriñar el Instagram de una conocida influencer que ha hecho de su vida un modelo a copiar en lowcost (Gwyneth Paltrow, te saludamos). Todo muy real. La novela se adentra en el *fandom* para dejar claro que por cada fan(ático) hay un objeto de su devoción y ambos se necesitan y retroalimentan gracias a Instagram y demás y a “un algoritmo no construido por nosotros, para una plataforma que no está diseñada para nosotros”.

La crítica más contundente a la revolución digital viene de *Creep*, en la que el escritor alemán Philipp Creek examina a través de dos personajes y mucha termi-

nas de los usuarios descubrirán que el precio a pagar es la pérdida de la privacidad. Pero ¿no es lo que ya hacemos con las redes? Otra novela que llegará en septiembre avalada por el éxito de la crítica es *Soy fan*, el debut literario de Sheena Patel. La protagonista es una mujer de 30 años que vive en el sur de Londres y dedica cada día bastantes horas a escudriñar el Instagram de una conocida influencer que ha hecho de su vida un modelo a copiar en lowcost (Gwyneth Paltrow, te saludamos). Todo muy real. La novela se adentra en el *fandom* para dejar claro que por cada fan(ático) hay un objeto de su devoción y ambos se necesitan y retroalimentan gracias a Instagram y demás y a “un algoritmo no construido por nosotros, para una plataforma que no está diseñada para nosotros”.

La crítica más contundente a la revolución digital viene de *Creep*, en la que el escritor alemán Philipp Creek examina a través de dos personajes y mucha termi-

/ ‘La casa de caramelo’ plantea los límites de la privacidad con la posibilidad de compartir los recuerdos

/ La conectividad omnipresente convierte en seres desvinculados de la sociedad a miles de personas